



Donald Keene

UN OCCIDENTAL EN JAPÓN

Traducción del inglés y prólogo
José Pazó Espinosa

Ilustraciones
Akira Yamaguchi



Madrid, 2011





Título original inglés: *Chronicles of My Life: An American in the Heart of Japan*

© de la obra: Donald Keene, 2008

© de la traducción y el prólogo: José Pazó Espinosa, 2011

© de las ilustraciones: Akira Yamaguchi, 2008

© del diseño: Juan Antonio Fernández de Castro

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.es

www.nocturnaediciones.es

Primera edición en Nocturna Ediciones: mayo de 2011

Primeras correcciones: Francisco Herrero

Segundas correcciones: Juana Salabert

Composición: FMG

Impreso en España / *Printed in Spain*

Ino Reproducciones, S.A.

ISBN: 978-84-938013-8-0

Depósito Legal: Z-1546-2011

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet— y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes.





De niño (y mucho después) nunca tuve interés en Japón. La palabra *kimono* (comoquiera que yo la pronunciara) era seguramente la única palabra japonesa que conocía, aunque gracias a mi colección de sellos sabía que el japonés y el chino se escribían de forma muy similar, que parecían casi iguales. Eso era todo lo que sabía de la lengua y la cultura japonesas. Nunca vi una película japonesa, nunca oí música de aquel país y nunca llegó a mis oídos el sonido de una sola frase en japonés. Hasta los primeros años del instituto no vi a ningún japonés. Esa primera persona fue una chica de mi clase. Mis conocimientos sobre Japón eran minúsculos comparados con lo que un niño japonés medio sabe de Norteamérica.

Un niño japonés está, por lo menos, familiarizado con las palabras inglesas relacionadas con el béisbol. Seguro que ha visto los nombres de los jugadores escritos en alfabeto latino en la espalda de las camisetas de los jugadores y el nombre del equipo





bordado en el pecho. Habrá visto películas norteamericanas, conocerá canciones de allí, se sabrá los nombres de algunos presidentes y de algunos cantantes de *rock*. Usará muchas palabras inglesas aunque ignore que son palabras extranjeras.

Aunque fui a un instituto que ha producido bastantes premios Nobel, nuestra educación estaba restringida a la historia, la literatura y la ciencia de Occidente. No recuerdo que nos enseñaran una sola cosa sobre Japón, aunque es posible que en algún momento se mencionara la gran hazaña del comodoro Matthew Perry al «forzar la apertura de Japón». Cuando tenía diez años, me regalaron una enciclopedia infantil que tenía tres volúmenes anexos dedicados a Japón, Francia y Holanda. Ignoro por qué habían seleccionado esos tres países. Quizá se debía a que los tres proporcionaban atractivas ilustraciones: puentes combados como jorobas en Japón, damas y caballeros bailando sobre el puente de Avignon de Francia y zuecos de madera en Holanda. También aprendí en el tomo sobre Japón que los japoneses escribían poemas muy cortos llamados *haiku*. Esa fue mi introducción a la literatura japonesa.

Compartía la ignorancia sobre Japón con cualquier chico norteamericano de hace setenta años, aunque crecer en Nueva York hizo que me diferenciara en algunas cosas de muchos de ellos. Por ejemplo, mis amigos japoneses dan por supuesto que todos los estadounidenses aprenden a conducir cuando son pequeños, y se sorprenden cuando les digo que yo no sé.





Los chicos de cualquier otra región norteamericana aprenden a conducir, pero los neoyorquinos encuentran normal moverse en metro o autobús y relativamente pocos tienen coche.

Crecí en un barrio de clase media en el que la gente tenía coches. De hecho, mi propio padre tuvo distintos coches, más o menos caros, dependiendo de su situación económica, pero a mí no me atraían. Prefería el metro, y estaba orgulloso (con nueve años) de que me dejaran ir solo en metro. Los automóviles no eran algo importante en mi vida. En la calle donde vivíamos nunca había muchos coches, y los niños jugábamos en medio de la calzada. Nos disgustaba que el paso de algún coche interrumpiera nuestros juegos.

Aunque los coches no eran los únicos que se adentraban en mi calle. Todas las mañanas traían la leche en un carro tirado por un caballo. El caballo sabía en qué casas debía pararse con toda exactitud y concedía al lechero el tiempo justo para bajarse, dejar las botellas delante de la puerta de la cocina y volver al carro. También pasaban de vez en cuando los carros de caballos de algunos basureros que recitaban una especie de letanía para atraer a la gente y que les vendieran ropa vieja.

Hace poco, por primera vez en más de sesenta años, visité la calle en la que crecí. Pensé en lo afortunado que había sido al vivir en una calle con árboles en las dos aceras. Sin embargo, cuando era niño no me consideraba afortunado y soñaba con vivir en otro sitio, en cualquier otro sitio.



Lo que más me gustaba era ir al cine. Iba de buen grado al dentista e incluso al peluquero (al que odiaba más que al mismo dentista) siempre que mi madre, como premio, me prometiera llevarme después a ver alguna película. Me gustaban todas, sin distinción, pero me atraían en especial las películas en las que salían familias típicas norteamericanas que vivían en ciudades y pueblecitos. Los padres en esas películas eran siempre amables, con el pelo gris y bigote, y las madres se pasaban el tiempo haciendo pasteles y bizcochos al horno. Los problemas de los chicos de esas películas —si los elegían o no para el equipo de béisbol o si alguna chica los dejaba plantados el sábado por la noche— no eran problemas que me preocuparan. Los envidiaba porque sus vidas parecían mucho más felices que la mía.

Cuando tenía siete años empezó la Gran Depresión. Desde ese momento, cuando cenábamos, no se hablaba de otra cosa que de los problemas financieros de mi padre, un tema sobre el que los personajes de las películas no hablaban nunca. No hay muchas cosas de esa época que despierten nostalgia en mí. En 1934, mi hermana murió y me quedé como hijo único. A partir de ese momento, la relación entre mis padres se deterioró de forma ostensible, obvia incluso para mí. Un día, mi padre salió de nuestra casa hecho una furia, diciendo que no pensaba volver. Mi madre me pidió que fuera tras él y le suplicara que volviese. Mi padre me preguntó: «¿Te ha pedido tu madre que me digas esto?». Le dije que no y él volvió, aunque las riñas noc-



turnas no hicieron más que intensificarse. Una noche oí que mi padre decía que la única razón por la que había seguido viviendo con mi madre era su amor por mi hermana, pero que ahora que ella había muerto, esa razón había desaparecido. Quizá no era consciente de lo que decía. Puede que lo dijera en un momento de ofuscación, pero yo nunca lo olvidé. La separación final de mis padres y la mudanza con mi madre de nuestra casa a un oscuro apartamento ocurrió cuando yo tenía quince años.

Otro componente notable de mi infelicidad era mi poca habilidad en los deportes. A diferencia de los chicos de las películas, los deportes no me divertían. Me uní sin mucho entusiasmo a otros chicos que jugaban al béisbol, pero, en cuanto descubrieron lo malo que era bateando y corriendo, no me quisieron en su equipo. Mi madre los sobornó varias veces para que me aceptaran, pero aquello no duró mucho.

Me resigné a ser un fracaso. Mi esperanza era que, cuando fuera mayor (para mí eso equivalía a cumplir los dieciocho), nadie me valorara por cómo lanzaba la bola o la golpeaba con un bate. Otros chicos a los que se les dan mal los deportes superan sus limitaciones a fuerza de voluntad, pero yo nunca lo intenté, convencido de que en cualquier caso seguiría fracasando.

Mis amigos de primaria, a los que no he vuelto a ver, me han escrito a veces expresando su sorpresa por las impresiones de mi propia infancia que he publicado en algunas ocasiones.





Como sus recuerdos son felices, se preguntan por la razón de la tristeza que impregna los míos. Probablemente haya exagerado inconscientemente mi soledad infantil. Es verdad que también tengo recuerdos felices, especialmente los relacionados con mis colecciones de sellos. Mis amigos eran los compañeros de clase que también coleccionaban sellos. Fantaséaba con huir a países cuyos sellos eran especialmente bonitos. Mis favoritos eran de la isla de Reunión, en el océano Índico.

El recuerdo más feliz de mi niñez es, sin duda, un viaje que hice con mi padre a Europa cuando tenía nueve años. Él todos los años iba a Europa por negocios, y a menudo yo iba a despedirlo o a darle la bienvenida al pie de la pasarela en los muelles de Nueva York. Le había pedido muchas veces que me llevara con él, pero siempre se había negado. Alegaba distintas razones: que el viaje era durante el año académico y perdería clases, que no sabía nada de Europa y no comprendería nada o simplemente que no tenía tanto dinero.

Cuando, en 1931, mencionó que planeaba ir a Europa en verano, vi mi oportunidad. Durante el verano no había clase. Ya sabía bastantes cosas sobre Europa, me sabía casi de memoria *Una historia del mundo para los niños*, de V. M. Hillyer. Y, para rematar el asunto, dije que sabía que habían abierto una cuenta de ahorro en un banco a mi nombre cuando nací y que, si le faltaba dinero, podía cogerlo de aquella cuenta para pagarme el viaje.



Esas razones no bastaron para convencerlo. Así que hice algo que mi padre no me había visto hacer antes: lloré durante tres horas. Los niños lloran cuando se hacen daño o cuando quieren algo que no tienen, pero yo nunca lloraba. Aquello convenció a mi padre. Llorar de esa manera fue una magnífica idea. Aquel mes de julio salimos para Europa.

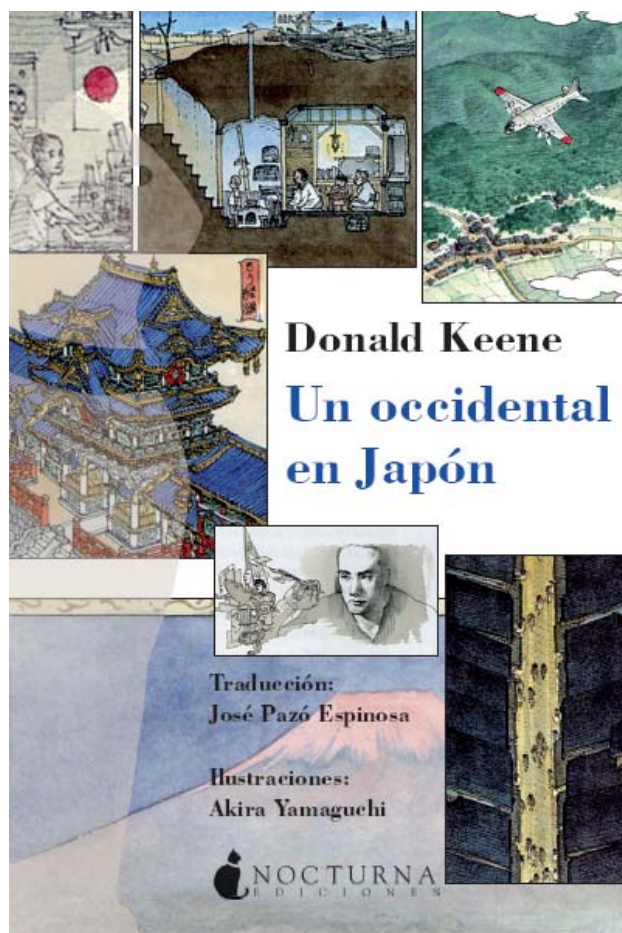


SIGUE LEYENDO

A la venta: 16-05-2011

Un occidental en Japón

Donald Keene



ISBN: 978-84-938013-8-0. **PVP:** 17 €

 NOCTURNA
EDICIONES

www.nocturnaediciones.com

Distribución en España: UDL Libros (www.udllibros.com)
Distribución en Latinoamérica: Panoplia de Libros (www.panopliadelibros.com)